

# LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I—N.º 8

Montevideo, Abril 25 de 1900

TOMO II

## SECCIÓN DE LITERATURA

### MATER DOLOROSA

(DEL LIBRO «FANTASÍAS I RECUERDOS», PRÓXIMO A APARECER)

«I no valen cien mundos redimidos,  
Una lágrima tuya, ; madre mía ! »

*Antonio F. Cirilo.*

Allí está, sobre la mesa que cubren negros ornamentos, sentada como madre que espera al hijo en las rodillas para estrecharlo en su regazo, con las manos caídas por el desfallecimiento del dolor, la cabeza cubierta con una toca espesa, que encuadra el óvalo griego del rostro lívido i va á plegarse en el cuello turgente i nazareno.

Allí está junto al cancel antiguo, tras de la puerta de toscos clavos i molduras de alto relieve, i bajo el arco gótico del templo cuyos sillares destruidos acusan la mucha edad del edificio.

Una anciana vestida de luto, como la Señora, guarda la imagen i recibe en un platillo de metal las limosnas, i aunque á ratos dormita, nadie osa robar las monedas del platillo.

La virgen se impone en su escultural tristeza, en su artístico abatimiento, como una santa madre, como una viuda resignada á la soledad.

Por las mejillas tersas de la madona condolida, resbalan, sin caer, dos lágrimas, lágrimas de cristal que el artífice supo colocar con la naturalidad del llanto verdadero, i aquellas gotas que parecen caer, amargamente conmueven á los fieles que entran á orar para calmar sus penas.

Los labios exangües de la Mártir del Calvario, tienen la contracción de la amargura infinita i parecen exhalar á cada instante un gemido profundo, un sollozo interminable, i los fieles gimen i sollozan como sin duda lo hizo el artista al dejar en aquella boca pequeña la expresión del tormento.

En la frente amplia i despejada de aquella reina augusta de la esperanza i el consuelo, se descubren las sombras de la muerte, de esa muerte que nos arrebató un ser querido sin llevarnos con él: con esas sombras los fieles recuerdan al fragmento del alma que ha perdido.

I en aquel rostro que se inclina como á mirar al hijo que se halla en las rodillas buscando el amante regazo, i en aquellas miradas dolorosas i en aquellos gemidos apagados, las madres buenas i las viudas resignadas á la soledad del recuerdo, tienen la vida de la esperanza, el lenitivo del consuelo.

Para las víctimas de su infortunio que tienen su calvario en el destino, para los creyentes de un bien desconocido que oran en el santuario del recuerdo i de la esperanza, ven en el luto de la *Mater Dolorosa* las infinitas amarguras del alma, las torturas del sentimentalismo.

Entre los pliegues del manto negro de la Madona augusta se hallan como cobijados en ese regazo materno todos los dolores i todas las amarguras humanas, i vienen á la memoria i al corazón los imposibles insaciables i los sueños no realizados.

¡Cuántos rostros de mujeres que sufren tienen el bosquejo de aquel de la escultura!

¡Cuántas frentes femeninas se inclinan sobre el turgente cuello!

¡Cuántas lágrimas amargas surcan las mejillas de madres buenas i de viudas abnegadas!

Al contemplar esa imagen que se destaca en la puerta del templo, siendo la esperanza de los fieles, vienen á mi mente estos desahogos de Federico Balart:

« Tu cuerpo cubrí de flores,  
I te ceñí por corona,  
Postrer don de mis amores,  
El velo de tu patrona  
La virgen de los Dolores. »

¡ Oh Madona !, tú representas todos los dolores, todos los recuerdos i todos los sufrimientos !

¡ Eres para el que sufre, la resignación i el consuelo !

*Lázaro Paría,*

Mexicano.

México. 1900.

## EPITALAMIO

A Flora González, la bella Elegida de  
Luis Berisso.

Señorita . . . no, señora que acabáis de desposaros  
con un virtuoso que aprecia  
á los genios más preclaros,  
á las águilas de Grecia  
y á los cisnes de París;  
¡ Oh, señora toda bella, toda blanca y melancólica  
bajo el cándido prestigio de la túnica simbólica,  
sed feliz !

Peregrino de la tierra, vagabundo del ensueño,  
yo también sobre los lises de vuestro blasón de gloria  
vengo á esculpir el diseño  
de mi triste laudatoria;  
y me acerco lentamente, lenta y misteriosamente,  
recogiendo á un lado y otro de las folias,  
las miríficas magnolias  
que destino á vuestra frente.

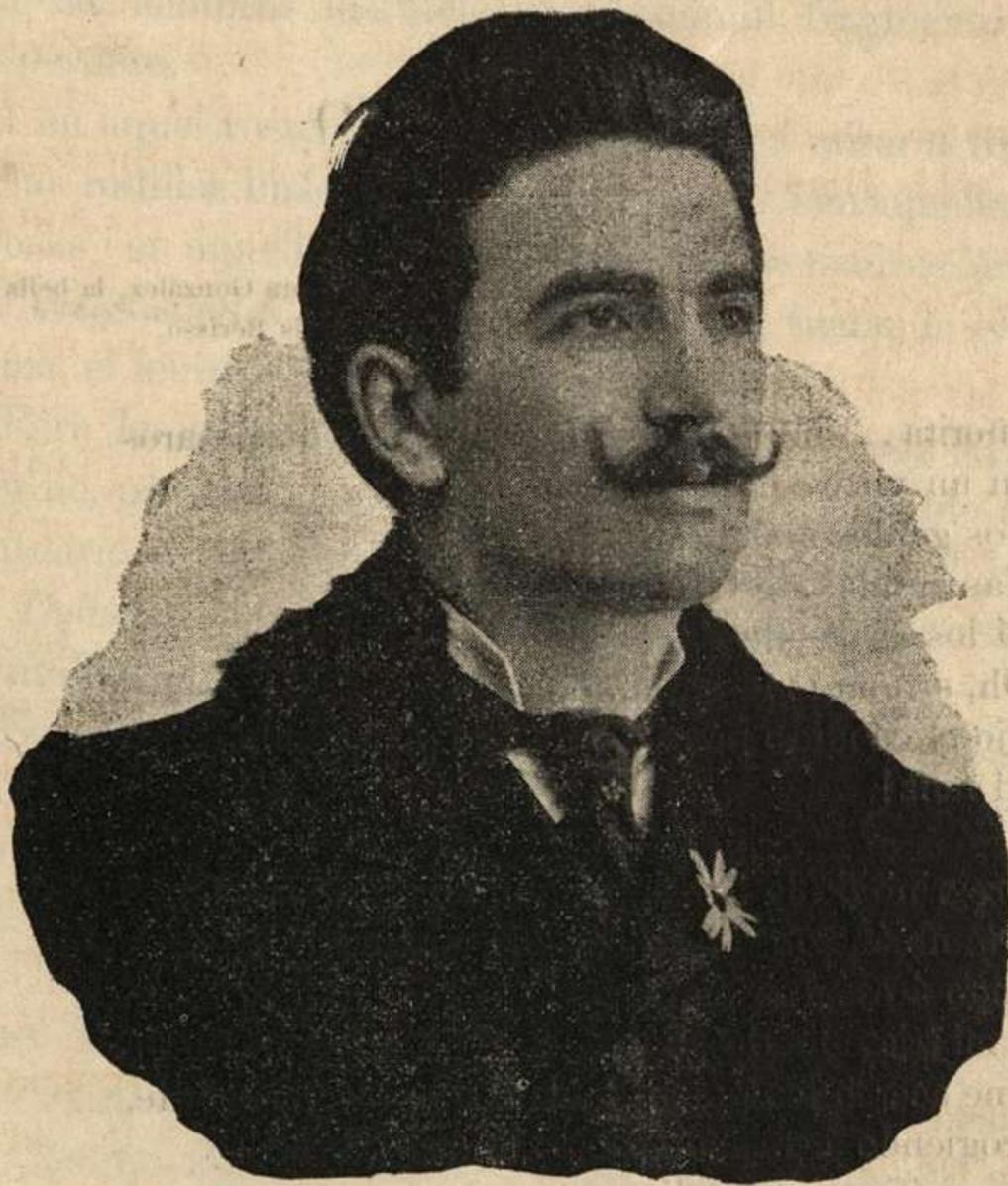
Vos soñasteis (toda bella criatura siempre sueña,  
y en sus sueños tiene fe);  
vos soñasteis una isla misteriosa y halagüeña,  
y esa isla misteriosa es la última Thulé.

Desde allí, de aquellas tierras legendarias  
esperábais que llegara vuestro príncipe soñado . . .  
en las noches solitarias  
de la alcoba virginal ;

y ese príncipe ha llegado,  
y es el mismo que invocaban vuestras místicas plegarias  
al país de lo ideal.

¡Venturosa!

¿Qué ventura más hermosa, fresca rosa,  
que la de ser la Elegida de un amoroso idealista  
triunfal?...



OSCAR TIBERIO

¿Qué gloria más sin ejemplo  
que la de uniros por siempre, ante las aras del templo,  
con un helénico artista,  
con un sediento de ideal?...

¿Qué gloria más alta irradia  
que la de ser favorita  
de un soñador de la Arcadia,  
de un Mahomet que en su mezquita  
tiene las dulces miradas de la blanca Margarita,

las lágrimas de Julieta  
y el amor de las atlántidas,  
y que á todas horas tiene los ósculos de las Hiántidas  
sobre su sien de poeta? . . .

Las musas están celosas  
ante los triunfos de Amor:  
ayer un ángel robóles las caricias voluptuosas  
de Pierre Luys,

y hoy vos les causáis dolor  
quitándole los amores de vuestro Elegido, Luis.

Y ya está pronta en el golfo la barca misteriosa,  
la barca que ha de llevaros hacia el enigma atrayente  
de un mundo color de rosa  
donde Himeneo levanta su alcázar resplandeciente.

¡Subid, pues, con vuestro dueño!

¡Subid, subid, aunque ardan del velo bajo la nieve  
las mejillas de arrebol!

¡Bogad, bogad con empeño,

y que la góndola os lleve

bajo un ambiente de sueño

hacia los países del sol!

¡Adiós, adiós! En la nave

que al bogar parece un ave

desperezando las alas,

tenéis tal aire de triunfo, que reclaman vuestras galas  
una corona ducal!

¡Tal aire el conjunto tiene,

que pienso al veros sentados

sobre la barca nupcial,

que sois, ya Rubeck, ya Irene; la pareja soberana,

los novios predestinados

de la creación ibseniana! . . .

*Oscar Tiberio,*

Argentino.

La Plata, 2 de Abril de 1900.

## ABSUELTA

### CRÓNICAS SANTAFECINAS

Aquel día la buena Luisa se había levantado de buen humor. Reía con frecuencia, y su risa fresca, hoyuelando sus mejillas, la hacía mil veces adorable. Juan la miraba con una insistencia extraña. Durante el tiempo largo que habían pasado juntos en la estancia, el nervudo paisano se había solazado con la idea de poseerla. Alguna vez se atrevió á decirle frases que revelaban su deseo, pero la niña, aunque halagada interiormente por la influencia que ejercía en aquel hombre, lo había rechazado con esa frialdad terca, de esas que enconan el espíritu, ensoberbecen el corazón y, como un afrodisíaco, despiertan los instintos de la bestia.

Terco como un aragonés, Juan no quiso renunciar á su empresa á pesar de todo, y con su mirada profunda, provocaba constantemente á Luisa, tratando de despertar en ella sus apetitos de mujer. Y así las cosas iban pasando: ella aparentemente fría; pero siempre miedosa del corpulento campesino; él silencioso, pero amarrado como un Prometeo al Cáucaso de sus delirios de amor.

Juan era ya hombre entrado en años. Luisa apenas si había visto florecer diez y seis veces los granados de la huerta, y esto hacía mucho más grave la situación de Juan, porque los hombres, como los buitres, á medida que se hacen viejos, van aumentando su ambición de carne nueva. La ley de los contrastes imponiéndose lo mismo en el hombre que en el bruto!

Luisa, contrastando con su naturaleza vivaz y sanguínea, era sin embargo reservada, calculadora y aparentemente fría. Su risa era franca; pero rara vez daba expansiones á su risa. Acaso allá en el fondo de su ser sentía las nostalgias de otros tiempos en que durante algunos meses pasaba en la ciudad su vida, soñando un porvenir á su antojo; acaso sus tendencias orgánicas, azuzadas por los recuerdos, la incitaban á pensar demasiado en la desconsoladora monotonía del presente.

No obstante, aquel día estaba de buen humor, y hasta charló alegremente con Juan, permitiéndole algunas licencias de lenguaje, que no trató de castigar como otras veces. Él, por su parte extremó los atrevimientos de sus ojos, fijándolos con más insistencia que nunca en las curvas triunfales de Luisa, que apercebida ó no, nada hizo por reprimir aquellas silenciosas audacias.

Por la tarde, Luisa quiso pasear sola, en su caballo negro, por la carretera que conducía al caserío cercano, y como nadie contrariaba en la casa sus pequeños caprichos, que á la verdad no eran muchos, la niña cumplió su deseo, saliendo, á la caída de la tarde, con rumbo hacia el Norte y á galope tendido. Vagó por las cercanías, visitó á unas amigas, charló con ellas de novios, de novenas y de cintas, y emprendió luego el regreso á la estancia, cargada de flores, cuando el sol iba ya á hundirse en el ocaso.

Ella hubiera querido regresar por un camino nuevo; pero absolutamente no había ningún otro que pudiera seguir. Debía forzosamente volver por el mismo que trajo, y esto la molestó mucho, porque ella ansiaba que todo la ofreciera emociones nuevas ese día, y además, porque un vago presentimiento, (uno de esos raros crepúsculos de su alma), le imponía un secreto temor al seguir aquel camino. De buena gana hubiera solicitado compañía; pero tuvo vergüenza de confesar su miedo. Por fin se resolvió, y á buen trote emprendió el regreso, cantando uno de esos melancólicos estilitos criollos, para darse valor á sí misma en aquellas soledades, que por primera vez en su vida le inspiraban desconfianza.

Así recorrió como diez cuadras. Ya veía blanquear las azoteas de su casa, cuando repentinamente se apareció Juan en la carretera, obligándola á detenerse. La pobre Luisa se puso pálida; en su garganta merecedora de un verso, se anudó una pesadilla; sus senos se agitaron como en una convulsión, y el pánico entalcó sus ojos orientales, donde dormían los ardientes amores de Arabia. Su instinto sin embargo la hizo reaccionar inmediatamente, y ocultando en lo posible sus impresiones, se mostró lo menos sorprendida que pudo.

Juan tomó las bridas con sus manazas de rudo trabajador, y con una voz extraña, mezcla de súplica y de mandato, le pidió que se bajara y le escuchase, porque tenía grandes asuntos de que ha-

blarle. Luisa apeló á sus mejores coqueterías de mujer, y poco á poco fué distraendo á aquel hombre que se le presentaba suplicante; pero audaz, miedoso; decidido, enamorado pero con un amor salvaje de toro en celo.

En un momento en que Juan se distrajo, la niña azuzó á la cabalgadura, y el bruto arrancó á toda carrera, como si comprendiese las angustiosas necesidades del momento. El paisano no pudo evitar la burla, y quedó allí, con los puños levantados, la mirada fija, sacudido por convulsiones nerviosas, tartamudeando blasfemias en los espasmos de la ira.

Cuando Luisa llegó á la casa, todos notaron en ella síntomas extraños, como primeras manifestaciones de una locura en jestión; pero nadie pudo informarse de lo ocurrido. Ella guardó absoluta reserva, y Juan, que podía descubrir el secreto, tuvo especial cuidado en ocultarse á todos.

Luisa se retiró muy temprano á su habitación, que distaba algunos pasos del cuerpo principal del edificio, encerrándose allí como en una fortaleza. El calor sofocante la hizo dejar abierta una ventana alta, por donde, aunque estrecha, podía pasar un hombre. Permaneció largo rato de pie, como sumida en profundas reflexiones. Por fin, casi á la media noche, bajó la luz de su lámpara y se desnudó á favor del claro-oscuro.

Juan, entretanto, la acechaba desde la ventanilla. Sus ojos vaqueanos veían en la penumbra á Luisa, y sus nervios en tensión se sacudían epilécticamente ante las hermosuras de aquel cuerpo. No pudo el paisano resistirse á sí mismo por más tiempo y se dispuso á salvar todo obstáculo y llegar hasta los brazos de aquella mujer que le obsesionaba.

Recién cuando Juan, cabalgando sobre el tablón inferior de la ventana, se destacó de cuerpo entero, se apercibió Luisa de su presencia. Quiso gritar y no pudo, pero esta vez fué la ira la que ahogaba la voz en su garganta. El vapor de la sangre nublaba sus ojos y no el miedo.

Con un ademán imperativo se aproximó hacia el asaltante, y con voz ronca y trémula le intimó que se alejase. Pero él, resuelto á no retroceder, procuró forzar pronto la estrechez de la ventana. Ya tenía todo el cuerpo hacia adentro; sólo debía cruzar la pierna izquierda y dar un salto para ser el amo de aquella fortaleza.

Luisa se vió perdida, y con rápidas agilidades de pantera, retrocedió hasta la puerta, donde cogió un rifle que estaba allí cargado con gruesas municiones. Trémula de coraje repitió su intimación, mientras apuntaba con el arma. Él apresuró sus movimientos, entonces sonó un disparo, y el corpulento campesino cayó pesadamente sobre el suelo con el cráneo destrozado.

Luisa tuvo miedo y llamó á gritos y aumentó la luz de su lámpara. Después todos los de la casa pudieron presenciar la angustiosa agonía del paisano.

La autoridad jugó su rol. Hubo proceso. Algunos moralistas *sui generis* la insultaron por la prensa y la llamaron criminal. Alguien quiso defenderla, y ellos se burlaron con su petulancia de siempre.

El juez del crimen absolvió á Luisa y los ataques recrudecieron. Fué inútil que se les repitiese las frases terminantes del artículo 81 de nuestro Código Penal. No importaba que la ley dijera que está exenta de pena la mujer que mata al que intenta violarla; y el que mata al que pretende penetrar en su domicilio por escalamiento ó por fuerza; y el que mata si obra impulsado por fuerza irresistible física ó moral. Luisa era pobre, y desde luego no importaba nada todo esto para sus acusadores.

Al ser notificada la sentencia, un grupo de elegantes, de esos que merodean por las antesalas de los jueces, protestó con indignación. Cuando alguien les hizo ver las disposiciones del código, ellos apelaron á la moral. Un hombre de ideas radicales dijo: ¿qué cosa más moral que castigar la inmoralidad? Un positivista les arguyó con sus doctrinas: ¿no podía ser aquella niña de temperamento vesánico, y ante la más bárbara de las injurias haberse visto esclava de un acceso? ¿Acaso no podía ser aquel acto el desenvolvimiento patológico de su propia naturaleza? ¿y entonces, podría ser aquello inmoral? ¿Se estaba cierto que Luisa no había obrado en un momento de la locura impulsiva de Kraft Elbing? ¿Había un examen médico-legal que hubiese deslindado en Luisa, la zona media de Maudsley, en el momento de cometer el homicidio?

Un estudiante tomó parte en la controversia: citó el *metus* de los latinos; el *furiosus nulla volutas est* de los romanos; el miedo de «perdimiento de miembro ó de recibir deshonra», de las Partidas; pasó como por ascuas por sobre la Edad Media, (la noche),

y arguyó por fin con nuestra ley penal. Un maestro de escuela, aceptando las razones del estudiante, proclamó la reforma educativa.

Un buen muchacho, alegre y chacotón, gritó ¡viva el amor libre!  
Y un anciano cabiloso que había permanecido en silencio hizo notar entonces que ahí estaba la gran filosofía del asunto.

*F. Valdez Douglas,*

Argentino,

Santa Fe, Abril de 1900.

---

## AYAX

---

Venciéronlo las Parcas, las noctámbulas  
Que llevan las pupilas apagadas;  
Nacidas de la Noche y á las sombras  
Por siempre condenadas.

La suprema visión de la Justicia,  
La Reina de la Paz, Fénix la austera,  
Dejólo abandonado en el sendero,  
Vencido y sin bandera...

Eros, Amor, el alma de Afrodita  
La sublime expresión de lo Intangible,  
Hízolo su vasallo y condenólo  
A desear lo imposible!

Las noctámbulas ciegas lo humillaron;  
Las musas le negaron sus favores;  
Tuque dejólo huérfano en el mundo  
Con sólo sus dolores...

Mostraba en sus pupilas azuladas  
Las huellas de sus últimos pesares;  
Había en sus miradas de neurótico  
Siniestras claridades...

La sentencia fatal estaba escrita!  
El noble caballero agonizaba,  
Y orgulloso también ante la Muerte,  
La vida despreciaba...

Y al arrojarse al Tártaro funesto,  
Desde lo alto de escarpada cima,  
Que las sombras nos muestra en el abismo  
Y el cielo azul encierra,

Quebró su acero, y arrojólo al fondo,  
Donde impera la Nada,  
Y de sus labios que cantaron penas,  
Escapóse sangrienta carcajada!

*Justino Jiménez de Aréchaga (hijo).*

Montevideo.—Estfo de 1900.

## EL VERSO FUTURO

### Á LOS POETAS LUGONES Y JAIMES FREIRE

Las luchas de la palabra con la idea—son las luchas del músculo con el nervio:—salta el ritmo en chispazos—como toques de incendio,—cuando empieza la eterna batalla—del Numen con el Verso.

¿Para qué hacer jardines—de árboles enfilados y serios,—cual guiando la mano con que escribe—la Natura las páginas de sus bosques soberbios?—¿Para qué el artificio,—si lo espontáneo es bello?—Surja el ritmo en la estrofa como surge—en las nubes, en las olas, en los vientos,—en la gira orbital de los mundos celestes,—en la curva solemne de las aves en vuelo,—en los monologantes excelsiores de los ríos,—en el galope alado de los huracanes negros.

Las estrofas libres,—[en que el arte nuevo—rompe la losa de los santos sepuleros,—para hacer orgiásticas copas de los cráneos secos]—no son las procustales—noches insomnes del ajustado lecho...

Todas las lluvias se embriagan en sus generosas flores,—todas las aves tienen ramas para posar su vuelo!

Tetras son y nefastas—las formas fantásticas de su aspecto;—pero en su fondo caben el dolor libre,—el amor libre y el libre ensueño...

Arboles simulan—las estrofas libérrimas, que el plectro—traza como un delirio sobre las sombras:—á manera de haces de árboles de invierno,—atados con la cuerda de oro de la horca—de un suspiro largo, con nudo de besos...

Arboles que sufren:—con sabrosas frutas de veneno;—con flores de ambrosía, que soñara Jove—para los banquetes de sus tedios;—con raíces negras, como las serpientes—de los fabulosos pecados edénicos;—con ramas retorcidas,—como los brazos de los condenados dantescos;—con hojas afiladas, como lenguas de insulto;—y con nidos de abrojos, como corazones huecos.—Tal las estrofas, que simulan,—sobre los promontorios del pensamiento,—teoría selvática de fantasmas de sangre—con sus enmarañadas cabbelleras de duelo.

Ven, tú, la bien amada musa,—la musa de los amores extraterrenos;—ven, á ensoñar tus cantos cristalinos;—como cristales ahumados por un hálito de infierno;—ven á dormir tus siestas—de olímpico abandono que gusta blandos lechos;—ven á romper el grito de tus protestas—en sodómico diluvio de fuego;—ven á llorar tus penas inconocidas—con sollozos oscuros de difíles ecos,—aquí, bajo la copa del árbol,—bajo la copa del árbol nuevo,—bajo la copa del árbol nuevo y exótico,—que impone su nueva vida sobre los campos viejos,—traspasando los lindes con las raíces—y con las ramas interrogando al cielo,—á manera de una gráfica y sonora—primavera del Verso!...

¡Oh haz de estrofas libres!—resumen de los triunfos estéticos,—signo de las amélicas del arte,—número de los anarquismos del ensueño,—simula el árbol de las prohibidas frutas—en el Paraíso

del amor, (dúo eterno).—Los que comáis sus frutas envenenadas—seréis más grandes que los dioses viejos;—y si la espada da los exterminios—os arroja y se clava á las puertas del Verso,—tendréis siempre la esperanza del futuro mesías,—hijo de un dios y descendiente vuestro!...

*José Santos Chocano,*

Peruano.

Lima de 1900.

## UNA NOCHE EN SANTA MARÍA

I

La tarde terminaba empañada. El océano había estado mostrando toda la tarde su poder satánico, su potente poderío.—Revueltas, barrosas como si fuera agua que disuelve inmensos depósitos de légamo, las olas rabiosas llegaban á la costa, bramando, con sus crestas espumosas, á lanzarse sobre los riscos puntiagudos y rugosos que pónense midiendo fuerzas, allí bajo el roce brutal de ese enrespado y titánico elemento.—El sol marchito había desaparecido, sin haber calentado la arena durante el día y sí ocasionado á su caída intensidad de tintas.—Realizada su ocultación, quedó como efímera engaripola y como si se estuviera en presencia de un ocaso boreal, una cargazón de fúnebres barnices, cardéneos, de amaranto, con cambiantes de caléndula, entremezclados con tonaciones aguachentas de naranja, ó mirajes impresos de lejanos y nutridos pajonales que alfombrea melancólicos esteros... En este tristísimo momento del crepúsculo, precisamente cuando se extinguían paliduchos los celajes, amoratados los reflejos bajos, pasó como derramando un recuerdo y no muy lejos de la solitaria costa, un pequeño vapor calatero con bandera brasileña, dando arfadas horribles, surcando costosamente la mar enloquecida por el pampero.

— La proa de la marinera embarcación hundíase tan pronto en la recia marejada, para con igual facilidad elevarse, presentando entonces bandazos de su quilla encarnada, chorreantes de agua y de espuma, ora acostándose desesperada de la banda de estribor, ya para echarse en un movimiento pesado de arqueo hacia la de babor. Mientras la bandera de popa flameaba, largando al viento las hilachas y haciendo simbrar como un junco el asta.

— Mucho rato se vió al buque que adelantaba poco, hasta que dejando una estela de humo, en volutas gruesas, se perdió de vista, cuando ya navegaba en otro horizonte.... Pasó también una bandada de gaviotas y preteles que revolotearon por un rato en sesgos y volteretas típicas alrededor del faro, que se levanta blanco y garboso, y cuando allá arriba, en la garita de hierro de grandes vidrieras, recién encendíanse en medio de la claridad difusa de la tarde agónica, las poderosas lámparas reflectoras, envueltas en cristales gordos y tinglados. Y entre dos luces, entre esa ambigüedad, se distinguió de una anteojada, por ojo avisor, en el nadir, en esa intersición donde parece besarse el cielo con el mar, á la vela blanca como un ala de albatros, de un cúter de prácticos lemanes.

## II

El ambiente empañado se había cubierto de sombras.... La noche había cerrado.

— El faro, en las tinieblas inmutables, desparramaba fuertes destellos sobre una parte del inmenso océano, yendo á fallecer los más atrevidos lampos, allá muy lejos de la costa desolada. ¡Quizás sobre el cuerpo de perdida y olvidada ola, en el aislamiento de la inmensurabilidad marina!

El mar rugía y azotaba las rocas, produciendo en sus rompientes, estruendos como de brucas sacudidas de velas, expuestas á desfondarse. Copos de espumajos, cacheteaban de continuo las regordetas paredes de mampostería. O llevadas en alas de la ventorrera impetuosa, desempollábanse en los surcos anfractuosos de los riscales. Las arenas, en íntimo consorcio con el huracán y en raudo torbellino, rodaban no perdonando ni el minúsculo ce-

menterio del Cabo Pauperrimo, camposanto creado á raíz de una horrenda catástrofe — hace mucho tiempo, — y que encierra los cadáveres, ó más propiamente las cenizas de una veintena de pobres obreros que perecieron de manera trágica cuando se llevaba á cabo la primera construcción del faro, se estaba ya en la mitad de su curso, cuando un bárbaro derrumbe dió en tierra con el andamiaje donde obraban los infelices albañiles:— A este suceso infausto sólo supervivieron dos hombres, y estos mismos para ser inválidos. — La caseta del Resguardo instalado en la pequeña isla de la Tuna silbaba al escurrirse el viento furioso por los resquicios del ligero maderamen. Y allí, al fondo del islote, en el sitio en que naufragó el malogrado y hermoso « Tacora », cuya pérdida dió lugar á una leyenda que todavía perdura entre los reducidos y rurales pobladores de esos peligrosos lugares — acaso el trabajo minador de las olas ha desemplado algunos de los cajones estivados en la sentina. Uno de esos cajones conteniendo preciados artículos, en que consistía en totalidad el cargamento hundido infructuosamente en las profundidades arcanas.— Y en medio de la noche y sus misteriosidades, el oleaje debe estar embatiendo como deseoso de devolver por completo á la playa, la máquina del antiguo vapor naufrago, pesado armatoste de hierro, cuyas calderas asoman surgiendo del fondo en la bajamar con su faz ruinosa, recubierta de lama de mar, con sus piezas y remaches herruchentos, careados por los desgastadores orines que fomentan siempre las aguas salobres.

### III

El farero, un rubio, de cutis salpicado de pecas, que le daban un aire por demás antipático — subió por segunda vez hasta la garita por la prolongada escalera en espiral. Observó por un momento la marcha uniforme de las lámparas.— Luego tomó el estropajo aceitado y sin bastillas y empezó á eslustrecer varias chapas, más de lo que ya estaban — terminado el trajín colocó el montón de hilas en su repisa, bajo el barómetro.— Después, sentado en el banquillo — se acomodó en el sitio de costumbre, dando el frente á la parte posterior de los reflectores y la espalda á una

de las planchas de hierro que con las grandes vidrieras emparedan sustentando el casquete de la caseta de los focos.

Tomó un libro — que había empezado hacía dos noches, titulado « Un Libertino », original del humorista pintor de las escenas de la cáscara amarga, Paul de Kock. — Se puso á leer. — El reloj, sobre la pared, marcaba con sus grandes minuterios los dos y cuarto de la madrugada.

El mar abajo, ensoberbecido en olas formidables, producía reventazones sobre los peñascos, sin que se distinguieran las espumas. El viento, más atemporalado que en la tarde, hacía estremecer las enclenques chozas y desmanes que se apiñan en aldea alrededor del faro, como buscando en aquel inclemente ventorrero del Cabo, abrigo ó confortamiento cerca de él; casas todas ellas construidas sin grandes erogaciones, con esos mismos materiales que con frecuencia el mar indiferente trae á depositar en las arenas que eternamente lame, ó en las canaletas que dejan los abruptos riscales — muestra incontrastable de una emocionante escena desarrollada en la soledad de su seno. — ¡ Restos, harapos, de un naufragio que pasaría inadvertido, única y elocuente comunicación que llega las más de las veces tardía é irremediable!... En ese villorrio mil maderas y otras tantas láminas de hojalatas ya amojosadas que remiendan las boquedades ó boquetes infaltables en la barata tablazón, crujen ó se quejan vacilantes produciendo una silbatina monótona, constante, aburridora música, que no deja de tener sus notas tristes, por demás desmarridas.... Las arenas, merced al viento, su medio de transporte, realizan sus viajes, á tal punto, que médanos enteros que formaban parte de una cadena que tiene sus gargantas y desfiladeros, encrucijadas y albardones, oteros y hondonadas han ido á formar parte de otro eslabonamiento de áridas montuosidades.

En tanto, muy por encima de todo esto, en la garita existía una deliciosa temperatura. Una tibieza constante que mantenía los mecheros encendidos, cuyas mechas absorben, maman, maman, sin ahitarse nunca, el aceite de los depósitos hasta agotarlo, si no se fuera reponiendo igual cantidad á la consumida, para establecer el equilibrio.

La cortina que se usaba con más frecuencia en el verano, en horas de sol, en aquellos días sofocantes, cuando la garita dormita envuelta en un silencio celular, y los rayos estuosos se filtran por las diáfanas vidrieras, peloteando en las bruñidas chapas de bronce y acero, en los cristales gordos, escalonados, de las cajas de las lámparas, y abajo las olas verdosas ó azuladas — esclarecen á ratos sus crestas espumosas, — permanecía ahora semi-plegada, descolorida en sus anillos.

— Mirando por las vidrieras hacia afuera, veíase, todo turbio, empenumbrecido, al frente, el mar, negro como una masa de asfalto ó un encerado alquitranado extendido, perdíase muy cerca y borrosamente sus límites, y amusgando más la vista, á pasos del estribadero del faro, advertíase una luz. — Era una reunión de gente de los contornos, un baile que todavía continuaba, y por donde se escapaba la luz originada por miserables candilejas, debían también escubullirse los sonos llorones de la acordeón, y los cadenciosos de las guitarras. No era, sin embargo, la única que se veía: á la derecha, como á una cuadra de donde se realizaba el baile, surgía otra, tímida y vacilante, más bien que una luz un fuego fatuo, proveniente de una osamenta. — Era un paisano huroneador de percances marítimos que recién llegaba á un ranchejo — uno de tantos que huelen los naufragios como las culebras la leche. Estaba de vuelta de una recorrida por la costa, según su costumbre en los días de tempestad. ¡ Quizás fuese el momento en que bajaba la jerga pingrosa del caballo cansado por la marcha, y después de rascarle el lomo lo abandonaba para triscar en un pequeño mantel de césped, retazo privilegiado del páramo, que muchas veces no han perdonado de zampear las arenas, estrechándolo al extremo de estar en un tris de desaparecer.

La noche avanzaba. — Era la hora en que debía llegar en la comba de una ola el pedazo de una cesta deteriorada, tirada de algún buque en su travesía y que llegaba transformada por los golpes de mar en verdadera estera; ¡ el momento quizás que dejaba la resaca en caprichoso estuche de gomosas algas la aporcelanada concha de un náutilus muerto, de maravillosos floreos y delicadísima contextura, riquísimo ejemplar digno de figurar en una anaclería de valiosos Sévres ó Limoges en una exposición de cerá-

mica ó de viejos Saxes!... Instantes cuando las olas depositan en la playa el madero que por el sino de una corriente y después de haber flotado meses y meses, retorna á tierra cuajado de anatifas, de escudetes, de esmalte rosa ó en que una medusa de gelatinoso cuerpo violáceo, de apéndices y cirros caústicos como un maceramiento de hojas de salvia, viene expulsada de su elemento, molida y machucada á descansar en la sábana de arena...

#### IV

Continuaba el farero absorto su lectura, cosa para él tan indispensable en sus familiares guardias nocturnas como el sueño en el día. Y se engolfaba leyendo, internado en las chispeantes alternativas de la novelita de Kock, pintando alguna nueva imbecilidad del héroe de la obra el suegro de La Pastoria, á quien éste endosábale patrañas de tan grueso calibre como el establecimiento del gran almacén de tablas y que él engullía con sus grandes tragaderas de burgués candoroso. Las lámparas revestidas de cristales catalópdricos, de intensidad de veintisiete bujías cada una, seguían su tarea maquinal, todo el vigoroso foco donde se encauzan ó funden los mil destellos emanados de los mecheros y que se refuerzan al atravesar los reflectores, echábanse como un raudal, rielando el océano de omminiosa traza. Fuera, en el barandal de hierro del balcón, en forma de anillo, el viento en sus fustigazos arrancaba las esquirlas de herrumbre próximas á desgargarre... La ventorrera silbaba....

De pronto ¡cataplum! sintióse infernal estallido que sobresalió más por el monótomo silencio que reinaba dentro de la garita.

—Fué un ruido de cientos de cristales que se destrozan, que se parten y reparten de nuevo como animados de un deseo de infinita simplificación, para resultar millones de añicos. El vigilante, con cara de azogado, había alzado la cabeza como por golpe eléctrico, esperando terminara el restallar para salir de su alelamiento y darse acabada cuenta de lo pasado. Y el hormiguero de trizas de cristal corrió en todos sentidos, embufiéndose en las ranuras, embozándose entre las chapas y alfombrando los mosaicos del enladrillado con un polvo grueso, como salvadera volcada de un antigualló cálice.

Por un rato continuó sintiéndose el rodar de un grupo de fichas de vidrio que al golpearse el azar habíales imprimido diversas figuras y se iban despeñando por los peldaños de la intrincada escalera...

—Cuando pretendió el guardia levantarse, uno de los cuerpos que alcanzó á ver confusos en vilo, vino á caer herido de muerte sobre sus zapatos, pudiendo percibir el calor que despedía.

—Repuesto, vuelto de su aturdimiento, á lo primero que atinó fué á tocar el timbre para comunicar abajo, donde dormían los otros encargados del servicio de la farola. ¿Y si no me sienten?, se dijo en mente en momento que apretaba el botón. Y se dispuso á bajar á pares los escalones interminables de la escalera en tinieblas, sin pensar todavía, mareado por el suceso, en tomar la linterna de mano, siempre encendida sobre la repisa y al lado del hilachoso estropajo. ¿Qué era? Muy pronto pudo darse cuenta. Y todavía descompuesto el semblante, contempló que una vidriera había sido partida en su bastidor por varios pájaros de las tormentas que volando al entrar en el radio de luz muy cercano á la caseta de los focos, se encandilaron estrellándose confundidos contra el dilatado cristal, con toda la fuerza de su andar. El siete era bastante grande y por él se colaban ráfagas heladas del brisote que soplaba, verdaderas turbonadas ó vortices que hacían elevar las plumas de los preteles y remolinear las hojas del libro caído al suelo en la estupefacción del momento. El que estaba de guardia, se presentó con otro compañero que venía fatigado, apresurándose al subir para ser el primero en llegar, ansioso de mirar el cuadro que le había sido referido muy á la ligera. Llegados que fueron al teatro de la acción se mostraron grandemente sorprendidos, siendo el que demostraba estarlo más el que acababa de subir. Se paseaba inquieto y pensativo, rascándose nervioso la barba, con ese tranco peculiar de centinelas aburridos ó presidarios enceldados en sus ratos de aplastador desaliento. Se trató del perjuicio del costo del desperfecto, los días que transcurrirían sin ser relevado el cristal roto, la incomodidad, el frío que iba á entrar por la desgarradura. Después palparon los pájaros que estaban maltrechos y transidos acostados en el baldosado. ¡Mira éste como está de lastimado! ¡Y éste que se le están poniendo los ojos blancos como porcelana, se muere! le dijo uno al otro. Luego cada uno poniendo á prueba su cacumen

ideó un medio para subsanar, lo más pronto posible, los inconvenientes. En suma, platicaron mucho pero á nada se arribó. Después se dispuso uno de ellos á barrer los vidrios. A poco rato los colocó formando montón en la pala. Abrió una compuerta para salir al balcón, á tiempo que un resoplo se coló, que á dar de lleno en una vela hubiera producido un fuerte impulso. Ya en el balcón, dando un envión como para arrojarlos por cupitel, dejó resbalar el hacinamiento de añicos desde lo alto. Entonces pudo palpar y más cuando salía del calentito lecho la cara de la noche negra como boca de lobo, sin una estrella, sin una luz extraña á la del faro, las bufadas terribles del viento huracanado, el ruido majestuoso del mar en sus resuellos de gigante, al romper bravío en la costa, y el hedor de sales ó mariscos que ascendía. ¡ Oh! para el extraño aquello producía emparaizamiento. Una sensación indecible, mezcla de miedo, vértigo, tristeza y ansias de admirar, desde la gran altura, todo el caudal luminoso salido de la garita, el enorme pantallazo que se vuelca en el aire sin irradiarse, de tal manera que internado sondea la penumbra, pareciendo se desliga del aire! Interin el otro, tomando el estropajo se ocupó en lustrar una chapa y desalojar, de las circunvoluciones en donde se habían engarzado varios vidrios pequeños, tan chicos como si se hubieran escapado de la molienda meticulosa de una trituradora.

Cuando todo se hubo vuelto al orden, el que había sido llamado se dispuso á irse, tenía un pie en un escaño y otro en el baldosado, cuando le dijo al que quedaba, dándose vuelta ¡ Hasta luego! Y se hundió llevándose los preteles en una mano haciendo espetera con los dedos por los bericuetos de la larga escalera en voluta, lóbrega y bajo un silencio ascético de subterráneo de convento y en la que á veces al ir descendiendo, sentíase, sin saber por dónde se filtraba, el rumor amenguado, como fuertes luzos, de las olas bramando.

El día comenzaba á despuntar volviendo á aparecer en el lienzo del cielo los colores del crepúsculo del día anterior, aunque más lívidos.

Después el de la guardia se instaló definitivamente arrellenándose en su asiento, envuelto en su poncho de vicuña; recostó la espalda en una plancha formando pared, anchurosa lonja metálica

acombada como las grandes vidrieras y se quedó pensativo, fija la mirada distraída (sin enceguecerse por el hábito) al forro de gruesos cristales que la iluminación dábanle un brillo opalino. En el interior, las lámparas giraban, giraban lentamente sin producir el menor ruido como si se afirmaran en quicios de badana, consumiendo aceite y más aceite que subía, que subía constante á empapar las mechas. La luz á intervalos rítmicos debilitábase de pronto al producir el eclipse, como una luna al encapotarla un cúmulo de nubes oscuras para después en un nuevo relámpago deslumbrar más. Mientras tanto, allá muy lejos, cuyas luces á veces se borran y de nuevo surgen pálidas, pasaba rozeando un trasatlántico ignorante del percance del faro, del faro de Santa María que le marcaba siempre impasible la ruta...

*Carlos H. Mata.*

Mntevideo, Febrero de 1900.

---

## AZAHARES

---

Para Manuel J. Sumay.

Medrosa extendía la sombra su velo  
forzando, inaudita, la abierta ventana;  
y, larva que deja su obscuro ropaje,  
moría en la alcoba la luz de una lámpara.

Un suave perfume de nardo trasciende  
la atmósfera tibia de aquella morada,  
y pétalos rojos de flores, la alfombra  
tamizan, cual gotas de sangre en la escarcha.

Los raros tapices, los bules ebáneos,  
los jarros de Persia, cristales y lakas,  
al trémulo beso del cirio que muere,  
semejan millares de chispas de plata.

Delante un espejo de círculo de oro  
desciñe su veste la virgen gallarda,  
y ríen sus labios... De dicha se inunda  
su angélico rostro que envidian las Hadas.

Sus formas turgentes; su seno esponjado  
 como albas palomas de tímidas alas  
 que, medio escondidas detrás de sus crenchas,  
 volar á las cumbres soberbias ansiaran.

Caderas de fino perfil estatuario  
 y curvas que encienden la fe de las ansias,  
 que evocan supremas caricias ignotas,  
 nostalgias que sienten los seres que se aman.

De pronto, la novia gëstea impaciente,  
 la duda sus flechas el seno le clava;  
 sus labios contraen suspiros y besos,  
 suspiros y besos que al aire se escapan.

Sacude una racha la regia cortina,  
 la lámpara oscila un instante y se apaga;  
 y, cual horda hambrienta, las místicas sombras  
 por tras de los vidrios invaden la estancia.

Temblando la virgen de rabia y de miedo  
 acércase al lecho de lívidas sábanas:  
 seméjase, al verla, capullo de rosa  
 sobre una consola de mármol de Italia.

Profundo gemido los ámbitos puebla,  
 suspiros y quejas, murmullos y lágrimas;  
 después... el silencio, cansancio y hastío...  
 y ruedan al suelo las flores inmáculas!

*Horacio Olivos y Carrasco,*  
 Chileno.

Marzo de 1900.

## ÚLTIMA PRIMAVERA

Para LA REVISTA.

Estoy enfermo. Otra vez estoy enfermo!...

Tengo una amarga convicción: mis días están contados: son muy pocos los días que me quedan de vida!

¡Y soy tan joven! ¡Y es mi juventud tan triste, tan fría!

¡Oh, porvenir! no serás, por mucho tiempo, el escenario de mi angustioso hastío, de mi eterna nostalgia y de mi terrible impotencia! La muerte, anuncia mi llegada á la eternidad.

Oh! flores, cielo azul, verdes campiñas, pronto perderéis un admirador.

Mi paso, por la tierra, no deja rastro alguno.

No llorará la tierra mi partida.

¡Y yo que tuve y tengo tantos sueños, tantas ambiciones, tantos delirios, nada he hecho ni podré hacer nada!

¿Ha sido, es culpa mía? ... No.

Dios mío, Tú, me condenaste... ¿Para qué hablar? ¡Tanto he hablado! ... ¿Quejas? ... ¡Cansado estoy de quejarme! ...

Ahí está mi santa madre. Me mira y se sonríe. ¡Cuánta melancolía tiene su sonrisa! ¿Acaso ella no presiente, no comprende que la voy á abandonar para siempre? ...

Se muestra alegre, para engañarme ...

¡Como si yo no supiera lo que pasa por mí! ...

Muchas veces, he fingido dormir, y la he expiado. Sus labios han tocado mi frente y sus lágrimas, perlas del cielo, han caído sobre mi rostro afiebrado.

¡Qué buenas son las madres! ¡Yo no quisiera morir por no darle que sentir á la mía! ¡Me quiere tanto! No quisiera tampoco que ella muriera antes que yo ... Quisiera que muriéramos los dos, á un tiempo. ¡Debe ser tan doloroso llorar la muerte de una madre! Yo, ni á gusto podría morir, sin ella ...

¡Qué buenas son las madres!

¡Qué lindo sol! ¡Qué concierto en la enramada! ¡Cuánto perfume de flores, recién abiertas! ¡Cuánto azul en el cielo!

Mi alma de poeta, se me quiere ir, no sé dónde ...

Dos fiebres me enervan: la de la inspiración y la de mi cuerpo enfermo. ¡Por eso mi corazón rima una canción de fuego! ...

¡Qué espléndida, qué hermosa es la Primavera!  
 Esas son las golondrinas, sus adoradoras.  
 Qué alegres cruzan, por ahí afuera.  
 Vienen y van, infatigables, como mis pensamientos, sombríos  
 Allí una pareja construye su nido. ¡Oh! ¡los nidos!  
 ¡Cuánta ternura hay en ellos, cuánta alegría, cuánto amor!  
 ¡Yo no puedo mirar todo esto sin que se me escapen las lágrimas!

¿Quién no se entristece, viendo, desde el fondo de un calabozo, el rayo de luz, que entra, como un grito de alegría, como una vida que canta?...

¡Oh! ¡corazón mío! cesa, cesa de cantar... El crepúsculo gime. La aurora es la que canta.

¡Oh! flores, cielo azul, verdes campiñas, cierro los ojos para no veros... ¡Os amo, pero no puedo miraros, sin llorar!...

Madre mía, cierra esa ventana; quiero dormir... ¡Mucha sombra! Eso es lo que quiero. ¡Sombras, sí, para acostumbrarme á la de la Muerte!... ¡Sombras, porque ya no he de volver á ver otra primavera en mi alma, ni en la naturaleza!

*Enrique Buttaró.*

Balcarce, Otoño del 1900.

¡SOLO!

FANTASÍA

Basta ya!— Sufrir más se hace imposible!

Rompa por fin el alma la miserable envoltura que la aprisiona en la tierra y cese de gemir!

No más llanto oculto y solitario; no más comprimidos sollozos ni ahogados gritos de angustia y desesperación!

Luchar contra los embates de la suerte teniendo aniquilado el espíritu, es algo como pretender remontarse al cénit careciendo de alas

Amargura cruel y prematuro desengaño; pérvida infamia y villana traición por todas partes.

Ningún oasis en el aterrante desierto de la vida; ninguna luz en las tenebrosas sombras de la existencia; ni una remota esperanza en las realidades que asesinan lentamente el corazón!

El corazón! — Músculo hueco, víscera insensible para la mayor parte de los hombres; centro de odios encarnizados ó envidias despreciables; de ambiciones desmedidas ó calculados artificios; de liviandad desenfrenada ó codicia insaciable!

El corazón! — ¿Pueden acaso tenerlo los que rindiendo homenaje al siglo mercantilista, reverentes adoran el becerro de oro, sacrificándole honra y dignidad, virtud y saber, amor, amistad, estimación?

¿Pueden tenerlo los que frenético goce encuentran en el vibrante sonido de acuñado metal ó la agradable contemplación de un billete de banco?

El corazón! — Complementario del sistema nervioso, al que estúpida la ciencia hace convergir nuestras sensaciones y afectos, ¿late acaso en estos tiempos á impulso de elevadas ideas ó generosos sentimientos?...

Ah! Basta ya! — Cese el alma de sufrir!

No más lágrimas que ardientes quemén nuestras mejillas; no más heridas que filtren sangre marcando con ella nuestro camino!...

Amistad, gratitud, amor! — Palabras que carecen de práctico sentido; frases inventadas para mejor engañarnos los unos á los otros.

¿Puede acaso creerse en la sinceridad del amigo, la gratitud del favorecido ó el amor de la hermosa dama á quien delirante se jura pasión eterna?

Todas estas cosas, ¿no son acaso farsas inventadas para las conveniencias sociales?

¿Cuántas veces por fútil motivo el amigo inseparable se cambia en rival hipócrita ó difamador encubierto!

¡Cuántas veces el servicio que salva de circunstancias difíciles, se olvida, para corresponderlo con un mal de fatales consecuencias!

¡Cuántas veces al juramento de eterno amor hecho con lágrimas en los ojos é invocando lo más sagrado, suceden la frialdad del cálculo ó conveniencia del interés!

Ah! Triste es la vida y penosísima la ascención á nuestro calvario, si en cada zarza del camino vamos dejando lo que nos es más querido y placentero; si cada piedra tiene que llevar la ensangrentada huella de nuestros pies!

Vivir no es entonces, sino riendo padecer, puesto que tenemos que velar nuestros sufrimientos con forzada sonrisa, para ocultarlos á la pifia de las gentes; que detener con irrisoria carcajada la lágrima que brotan nuestras pupilas, porque nos avergüenza saber llorar!..

Si volviendo la vista atrás echamos de menos á los únicos seres que realmente nos profesaron cariño, sólo el aspecto de mustias tumbas se nos coloca delante; si invocamos el nombre de personas queridas, el eco de nuestra voz se pierde en vasto y abandonado cementerio!

Agostadas por cierzo helado las flores de la ilusión; deshechas por furioso vendaval las esperanzas en el porvenir; mustia el alma y oprimido el pecho, en vano cual Prometeo nos retorremos en la roca del dolor, buscando un lenitivo que no existe ó un consuelo imposible de alcanzar.

Disipados cual bruma en dilatado horizonte nuestros fugitivos goces, pálidas y secas las hojas de laurel ambicionadas para la frente; insignificante la gloria con ciego afán conquistada.

Nada, absolutamente nada que alegre al alma ó sonría al corazón!

Sólo el mundo, dilatado cementerio de cadáveres vivientes, envenenándonos siempre con hálito emponzoñado.

Solos, sí solos en medio de la soledad, sin una mano amiga que nos preste apoyo, sin un corazón generoso que enjague nuestro llanto, sin un espíritu elevado que nos infunda valor.

Ah! Cuán desesperante es meditar en lo que sufre y se angustia el alma, cuando doquier la rodea pavorosa soledad.

Entonces las fuerzas desfallecen, doblégase la energía de carácter, y se piensa en la muerte como en el único y ansiado bien.

Sin embargo todo es en vano, pues ni el derecho de precipitarla se nos concede.

*Cobarde suicida!* nos llamaría sobre nuestro mismo cadáver la sociedad si atentásemos contra la existencia, negándonos sepelio y execrando nuestro humilde nombre!

Ah! En semejante situación, agobiados por el infortunio, y doquier viendo triunfante la iniquidad y el vicio, sobre el bien y la virtud, la ignorancia sobre el saber, crucificado al Cristo y libre á Barrabás, no queda otro recurso que entregarse á la orgía del festín para gozar los repugnantes besos de la bacanal, mentir amor y alardear sentimientos que no existen, caminando como Edgard Poe, por medio de la intoxicación alcohólica, á la locura del *delirium trémens* ó al idiotismo del embrutecimiento!...

Matar el corazón, aniquilando á la vez el espíritu,—tal es el único remedio que hallar se puede en el ya insoportable destierro de la vida, cuando la nostalgia de la muerte se apodera de nuestro ser.

Incertidumbre y duda; traición y engaño; miseria y lágrimas: —he ahí los únicos encantos que encontrar podemos cuando desesperados buscamos algún bálsamo que cure las hondas heridas abiertas por agudo puñal.

En vano é inútilmente nos adormecerá vaga esperanza, pues al despertar tendremos siempre delante la imagen espantosa de horrible realidad, el aspecto fúnebre de tumbas do yacen seres queridos, la memoria de amigos en quienes creímos y de mujeres á las que ciegos supimos idolatrar, rindiéndoles homenaje de adoración, cual á dioses creados por la fantasía.

Nada, absolutamente nada que pueda halagar y hacer menos penosa la vida.

Solos en el mundo, saboreando envenenado néctar en copa cincelada de blanco alabastro, en vaso pulido de luciente cristal; —recibiendo los ocultos y arteros golpes de la ingratitud y la perfidia, con carcajadas estridentes ó sonrisas de júbilo, para resguardarlos de la pifia, el sarcasmo ó la indiferencia con que, ay! los hombres reciben nuestro dolor!...

*Juan Mas,*

Boliviano.

1900.

## LA AURORA

---

En el álbum de la señorita  
Sara Barros Conde.

Cuando Febo se asoma por Oriente  
con su face redonda y purpurina  
y en la Pampa sin límite argentina  
alegre expande su mirar luciente,  
el Paraná un espejo refulgente  
semeja con su luna cristalina, ...  
y el pajarillo con dulzura trina  
desde el sauce que besa la corriente ...  
Oh! la Pampa despierta alborozada  
sacudiendo sus perlas de rocío  
que reflejan la luz de la alborada ...  
Al verla con las galas del Estío,  
parece que aguardase enamorada  
al sol que se alza de la faz del río.

*Baldomero García Sagastume,*  
Argentino.

Montevideo, 1900.

## ORIFLAMAS

---

Para el poeta amigo Manuel  
J. Sumay.

Beodo por el hálito embriagante  
que brota de los poros de la palma  
cual águila del Ande se alza el genio  
de la gloria á la cumbre ambicionada.  
También sube de Dios al blanco solio  
del crédulo inspirado la plegaria,  
si lejos de la farsa ruega y ruega  
envuelto del fervor en la oriflama.  
Yo en mis lánguidas noches de tristeza  
cuando la luna riela en las cascadas

remonto hasta lo etéreo el pensamiento,  
que viste de *Ilusión* las áureas gasas.  
Y pienso, muellemente reclinado  
sobre un viejo diván de mi covacha,  
que no vibran las cuerdas de mi cítara,  
jugueté de la estúpida canalla,  
y luego cabalgando con locura  
sobre el bruto gigante de mis ansias  
pretendo investigar á toda costa  
los misterios perennes de las almas.  
Entonces con la sien calenturienta  
por la valla que ofrece la ignorancia  
retorno á meditar en mis dolores,  
asilo sempiterno de las lágrimas...  
Deliro y no desmayo porque tengo  
la broncínea firmeza modelada  
del pecho en las calderas donde crece  
gigántico el amor: ¡augusta llama!  
y en medio del terrífico y grandioso  
turbión abrumador de mi desgracia  
la fama colosal será mi novia:  
me atraen los perfumes de la palma.  
¡Adelante! ¡adelante! Dios me ha dado  
el Fénix inmortal de la esperanza!  
¿Soñar y combatir es mi destino?  
Lo acepto, la batalla no me espanta:  
Yo soñaré estupendas ovaciones,  
lucharé por burlar á la gentualla,  
pues dicen que entre sueños y combates,  
blasónicos, adornan hoy sus arpas  
los bardos, con laureles de la cima  
y á mí la prepotencia no me falta...  
Yo tengo para el Zoilo que se mofa  
un torrente de negras carcajadas  
con el rojo estampido de los truenos  
que en una tempestad se desataran!

*José López de Maturana,*  
Argentino.

Buenos Aires, Abril del 1900.

## « SUEÑO DE ORIENTE »

Ha llegado á nuestra mesa de redacción el libro de Roberto de las Carreras, titulado « Sueño de Oriente ».

Nada dice tanto del finísimo sensorio, y de ese refinamiento quintaesenciado del autor como la forma en que presenta su libro. Presentar el champagne en diminuta copa, de cristal de Bohemia, equivale á presentarse el mismo obsequiante en persona.

Un vestido es á veces un hombre, ha dicho un filósofo. La confección de una obra acusa la confección de un espíritu.

Roberto de las Carreras es un sibarita, que sienta mal en el rebano burgués de nuestros literatos. En materia de presentación, todo queda encomendado al sastre ó al tipógrafo, en una sociedad que está todavía por hacer el aprendizaje de lo hermoso, y que se escandaliza con el advenimiento de lo nuevo. Los espíritus viven apretados en sus moldes viejos, como los dátiles en sus cajas, y semejantes á ciertas flores exóticas, que se marchitan en cuanto les da el sol, se encogen dentro de sus viejas garitas apenas oyen hablar de innovaciones y de viajes largos. La broza de la cursilería abunda en nuestro campo, y en materia de arte y de *comfort*, preciso es confesarlo, hay todavía quien gusta habitar una casa que tenga la cocina pared por medio del excusado.

Las sedosidades del guante sientan mal al cutis áspero y rugoso de quien no ha nacido en el compartimento social más elevado, y viene al caso decir con Vigny que hay dos educaciones en la infancia: la de la inteligencia y la del gusto; la primera nos enseña á predicar en una tribuna y la segunda á sentarnos en una mesa.

Creemos hallarnos en la verdad al relacionar lo dicho con lo que ocurre en materia de civilización estética, siempre que un escritor ó artista cualquiera, esgrimiendo un carácter ó una modalidad, aparece en medio de la plebe rutinaria de nuestro mundo.

Se hace difícil el triunfo de lo anticonvencional y lo revolucionario, y Roberto de las Carreras debe nadar como Byron para cruzar ese Helesponto de egoísmos y de envidias, que le saldrán al camino, cada vez que, sin hacer caso de las prevenciones de los

cobardes, se arroje audaz de la roca de Decaulión al mar de la publicidad, sonriendo con desdén á cada bofetada de las olas, y mirando en el fondo del peligro, que amenaza tragarlo, el cielo que se refleja de su gloria futura.

« Sueño de Oriente » constituye la nota artística más anticonvencional posible dada en el pequeño teatro de nuestra literatura.

Todo en él es nuevo, pomposo, arrogante y sutil. Es una orquídea de prismáticos iris en medio de nuestros sencillos jardines poblados de margaritas, si á esto agregamos que la orquídea ha sido arrojada por una odalisca y no por un ángel, lo que no quita, en modo alguno, que puedan ser ángeles en sus paraísos las hijas de Mahoma.

Contemplamos el libro que, como diminuto misal de un ensueño infantil, se presenta á nuestro espíritu ¿Es una monería, un Cupidito, una historieta de Perrault, un calendario de ruiseñores, una sorpresa de día de Reyes, un cuentecillo de duendes del Harz?—No—no es nada de lo dicho; tiene toda la atracción del ángel malo; esplende y quema como la túnica de Neso; brilla y corta como el diamante; es la falsa pitonisa; es la rosa que esconde el áspid de Cleopatra.

Leed « Sueño de Oriente ». Bueno es que sepáis cómo se toma el veneno con arte, y cómo se os ofrece la muerte en copa bizantina. Borgia es artista y no verdugo. Roberto de las Carreras no es pecador, y si lo fuera, obtendría el perdón del dios del Arte. Es un apóstol que viene de muy lejos, de la Metrópoli de la lujuria.

Las ninfas elegantes de los lagos de Versailles le han sonreído alegremente. El Wateau de los pajes y de los abates le ha coloreado el alma.

Viene impregnado de galantería borbónica y de almizcladas atmósferas de Stambul. Las cortesanas de Baltasar danzan á su alrededor, y en fantástica litera, pasa revista á las hetairas de imposibles serrallos. El pecado es para él belleza y la belleza moralidad.

Contemplemos su obra.

Goby nos presenta el modelo de la elegancia, la mujer *única* dando la espalda al montón anónimo y contemplando, desde la playa, el mar infinito. El libro es garboso y aristocrático como un guante. Vestido de gran etiqueta, ligero y ágil, dijérase que su pensamiento es volar cuando se halla en las manos del lector.

Dos lazos niveos, á manera de corbatas de recepción, ostenta en su frontispicio, y hay tal primor en ellos que, sin querer, se piensa en unos dedos rosados de modista parisiense que se deslizan acariciadores é inquietos como mariposillas, traveseando alrededor de un jazmín. Sin embargo, á nuestro juicio, Roberto de las Carreras no dió, ó no quiso dar en el blanco, en lo que atañe á la fachada de su poema sensual. Hubiéramos querido ver á la bañista coqueta y encendida, echada indolentemente sobre la arena, en esa hora discreta del crepúsculo matutino, ó andando « como un gran lirio », ó como diría el poeta, semejante á una aurora de primavera saliendo del baile de los gnomos negros, y bebiendo el último sorbo del sueño de sus lujurias.

La heroína, entonces, hubiera sido el deseo humanizado del autor del libro; hubiera sido su insomnio devorador; la fiebre que se le introduce hasta los huesos como un veneno de cantáridas fogosas en el refloreCIMIENTO de sus apetitos; hubiera sido su Popea de brazos como serpientes blancas y de ojos de pantera irritada en época del celo.

Al menos, nos hubiera obsequiado, en consonancia con el título de la obra, con la heroína elegante de pantuflas de paño de Smirna y velo transparente que salvó á don Juan, apareciéndosele en la soledad de su desfallecimiento y convidándolo á posar su cabeza en las tibias almohadas de sus senos.

El autor,—ya que por su idiosincracia, es lo que daremos en llamar un tipo; que no se acoquina ante los tragaleones de la crítica de monasterio; que se ríe compasivamente de nuestra castidad social; que es filoso y audaz como un estileto; que tiene como Byron *doble lengua* para hablar; y que, estamos seguros, entregaría su alma al diablo á condición de conseguir su presa,—se ha mostrado el *dandy* y no el hombre, y cualquiera que mire la fachada del libro—ya profese la estética de Taine ó de Brunetière—y examine luego su lujoso interior de alcoba turca, convendrá con nosotros que se trata de un producto híbrido, deplorando, en buena lógica, que la pompadour, ornada de *chryssanthèmes*, haga, hipócritamente, la presentación de Afrodita que esconde bajo un pepló de tul aéreo sus *crepitantes* carnosidades, como florecidas tuberosas del trópico, y que, para el artista enamorado, son voluptuosos modelos de

una concupiscente geometría que abarca todo el problema del placer inexhausto y del infernal emporio de los faunos.

Elegancia y sensualidad. Estos dos atributos, que forman la conjunción sublime de los atractivos de Sapho, componen el tejido mórbido, blanco, consistente y elástico de tan hermoso libro: es Citera bañada en champagne; es una bacante de Pompeya mirándose en el espejo de una cisterna. Hay algo de cínica ingenuidad y de orgullosa franqueza en esas páginas zahumadas con mirra de harenos, y escritas con sangre de cinamomos.

El lúbrico siroco de las pasiones pasa por ellas evocando besos y abrasando virginidades consagradas. Se imagina el lector las sacerdotizas de Roma, meciéndose en los triclinios, con los senos repletos de jugos, como uvas exuberantes; y también las Sabinas pecadoras, que escancian el Salerno, enseñando las combas sonrosadas de su carne, como horizontes de nieve—y, por último,—al tropezar con la protagonista—almenada, fuerte de una sola pieza como los escudos antiguos,—sueña con la gacela israelita, con la hermosa Susana, desnuda como un lirio y blanca como una luna de Junio, al ser sorprendida en el estanque por aquellos dos viejos verdes, que se nos figuran sátiros con barbas de macho cabrío y uñas de buitre carnicero.

Abramos el libro. Desde las primeras líneas aparece el *yo*. Roberto de las Carreras ha querido aplaudirse antes que lo censuren. Es el viejo procedimiento romántico: el que se exalta será exaltado. El dueño de casa se sirve antes que las visitas. Es lo más descortés posible. Sin duda, habrá querido imitar á Bonaparte en la corte de Berlín. El espíritu individualista aparece erguido como los célebres leones esculturales de las puertas egipcias. Para interesar, dice Lamartine, hay que hablar de uno mismo.

Si se llamara pedantería lo que es naturalidad en Roberto de las Carreras—no dejaría de ser la insolente pedantería del talento, como dice el autor de «El Pirata» y, desde luego, es mejor perdonarle sus inocentes extravagancias. Nadie confunda, decía el primer satírico de nuestros tiempos, el orgullo del oro nobiliario con el de la mica plebeya.

Examinamos la factura; nos detenemos en sus páginas; pecamos como la mujer de Lot; reimos, y, por último, el fallo emerge sobe-

rano de la evidencia superiosísima que se alza, como bandera de victoria, en toda la extensión del libro.

Nadie busque psicología, ni trabazón, ni unidad clásica, ni seriedad metafísica, ni complicado subjetivismo, ni clínica literaria, ni descubrimientos de vocablos, ni aparatosas decoraciones decadentistas, ni tragicómicos desenlaces. Nada de eso. Lejos del cenáculo, de la mesa de anatomía, del modelo escolástico, del reclinatorio del templo, del afectado ceremonial, nos hallamos en la calle, en el paseo, donde se vive la vida libre de la comunidad, donde pastan los ojos lúbricos, donde provocan las caderas electrizadas, donde las «tiendas reales» de los senos, invitan á que descanse la caricia ardiente, donde el cimbreo conquista, y el movimiento toca á rebato para las saturnales del placer.

Roberto de las Carreras ha triunfado, porque ha descubierto lo que nos ha descrito tan admirablemente. Su libro es estrignina en copa de oro. La flecha se halla escondida bajo el espléndido plumaje de un estilo, que ha dado la nota más alta, de dos años á esta fecha, entre todo lo que han elaborado nuestras jóvenes inteligencias.

Soberbio es su estilo. Perdonándosele algunos defectos de armonía—que se notan en ciertos pasajes de su libro, y uno que otro crujimiento en que se hunde la frase—defectos bien insignificantes—por cierto—y haciendo alcanzar esa indulgencia al escrupuloso pulimiento y exagerada presunción de los períodos, que dicen, á voz en cuello, que han sido trabajosamente humillados por la lima y el cincel—no se puede exigir nada más hermoso y brillante. La frase es acerada; el período es redondo, musical, lleno, marmóreo, estatuario. Benvenuto Cellini ha burilado en su taller de escritor. Prestóle Flaubert su diosa para que le sirviera de modelo. Los períodos, tirados á cordel, marchan á compás de soberbios redobles y de sinfónicos golpetazos, rematando en hemistiquios de oro: como la estatua de Memnón, retumban; como las olas que Ossián rimó en sus estrofas, cantan.

¡Cuánto nervio, cuánta fibra, qué contextura! No hay un ángulo que desencarrile la frase; no hay un tono que chille. El sonámbulo de «Espirita» le prestó su paleta de mago del país de Iris.

Su fraseología es una ubre de monstruo mitológico; su imaginación sonríe como un trópico enflorado.

Imagen de la fecundidad—como dice Musset—de las palmeras de Argel, con sólo agitar su abanico, de reina oriental, puebla el desierto de magníficas esmeraldas.

La segunda parte del libro nos parece indigna de su alojamiento. Ocupa un puesto servil y poco decente, obligándosela á oficiar de portamisivas en diplomacias escandalosas, que, como ciertos usos domésticos, deben hacerse á escondidas. Por lo demás, es oír una copla de guitarra después de una orquestación soberbia. Aún atendiendo á la forma literaria, el contraste resulta desfavorable para el autor, quedando, como quedan, de los principios de la lectura, las resonancias de bronce agudo de ciertos párrafos en extremo acariados—y ese olor á peluquería de lo que lleva en sí, perfumes diferentes y derramados á profusión—que es lo que hemos hallado también en otras obras que han precedido á nuestro libro y de las que se diría que acaban de salir de las manos del *coiffeur*.

Del punto de vista moral y sociológico, la obra constituye una afrenta al pudor de la sociedad; el autor se calza los guantes para abofetearla, y como si se tratara de los viejos castigos de cuartel, hay música y hay crimen al mismo tiempo.

Lo que se dice del primer poema épico de la Francia, viene perfectamente al libro de Las Carreras: «habría que enseñarlo cubriéndose el rostro de vergüenza». El mismo autor confiesa su delito, refiriéndose en su jactancioso ofrecimiento, á la sociedad en que vive. Tanto cinismo merece perdón—hay que exclamar con el águila de Ferney, cuando habla de un condenado á muerte que en sus últimos momentos brindó por sus víctimas y por la prosperidad de Satanás.

Roberto de las Carreras ha ornado su libro para que millares de verdugos lo arrojen al fuego, como antiguamente en la India se enfloraban las mujeres destinadas al sacrificio. Y á fe que no merece honra más luminosa. La indignación de los cónyuges brama como *la impotencia de los eunucos*.

Nosotros aconsejaríamos eso mismo, es decir, que se lea pero que se quemé como esas figuras que, sin sentir frío, corren desnudas de mano en mano, hasta que llegan, sin que se sepa cómo, al elemento de Plutón.

Que se les corone, pero que se les destierre, decía el gran idea-

lista de Atenas, refiriéndose á los hijos de Apolo, y lo mismo habría que decir de « Sueño de Oriente ».

Su autor nada respeta; sólo se habla y se escucha á sí mismo. Es un fotógrafo del pecado que sorprende los sagrarios más misteriosos del cuerpo y los exhibe luego sin trepidar. Es el diablo concebido por Heine, que no es feo, cornudo ni cojo, sino que viste frac de caballero de aventuras y se codea, á cada paso, con todos los ángeles de... Montevideo.

La juventud está ebria con su propia sangre y ciega con su propia luz.

Roberto de las Carreras, estamos seguros, que cambiará algún día de rumbo, anclando—á la hora crepuscular, cuando las ideas nadan tranquilas como cisnes en la soledad del espíritu, y el corazón derrama las melancólicas armonías de un órgano—junto á esa playa donde las olas mueren en silencio, como los niños, coronadas de polvo de jazmines como los viejos. Entonces producirá algo útil, algo serio, algo que no perezca, algo que, como « Sueño de Oriente », no sea un juguete para los que han vivido y una piedra de escándalo para los que comienzan á vivir.

Evolucione enérgicamente si no quiere cargar con el anatema que Macaulay fulmina contra los haraganes del talento que se pasan la vida chupando caramelos y guiñando á los astros. Aborrezca el precepto envenenado del *Magister*; « tiempo hay para ir al sermón ó á casa del boticario ».

¡Amigos de hipocresía, acompañadme en el acto de celebrar el sacrificio de un libro el más inmundo y el más hermoso que se puede ofrecer á Satanás!

El fuego arde como una venganza. En espiras invisibles de profanado incienso, rodará el sueño de un mago del estilo y de un iconoclasta de la moral, hasta ser recibido en pebeteros de Sybaris por encantadoras huríes de eternas virginidades.

Cuando el libro esté ardiendo, creeremos que están á nuestro alrededor: Phrinea, Aspasia, Galatea y Bice.

Julio Herrera y Reissig.

## SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

### EL DINAMISMO SOCIAL

Ningún lector, por poco al cabo que se halle del activo movimiento científico que hoy se observa en las ciencias sociales, ha de encontrar fuera de sitio en esta Revista, las consideraciones que voy á exponer, al correr de la pluma, sobre algunos tópicos que han sido objeto de mis estudios y reflexiones durante el año universitario que toca á su término. ¿Quién, que no fuera uno de esos espíritus prevenidos, uno de los tantos detractores, inconscientes ó interesados, de los modernos métodos de indagación y de análisis se atrevería á sostener que los problemas planteados por los cultores de la filosofía social son *res inter alios acta* para aquellos que aplican su atención á la Sociología criminal, orden de conocimientos de novísima constitución; pero elevado ya al rango de verdadera disciplina científica, merced á los diligentes y fecundos trabajos de los Ferri, Colajanni, Gori, Vaccaro y Turati, para no citar sino á los italianos que más han descollado en esta materia?

La Sociología, sin duda alguna, es una ciencia naciente; el retoño más joven, tal vez, en el árbol del saber humano. Hállase, en estos momentos, en pleno período de formación y desarrollo; se está recién delineando, y sus contornos son todavía vagos y mal definidos. Todo su contenido está en discusión: su concepto, su objeto, sus principios, su límite, su método. Todas sus teorías, todas sus hipótesis están controvertidas; y aunque algunas de las divergencias versen más bien sobre las palabras que sobre las ideas en sí mismas, es lo cierto que la disparidad de las opiniones y la multiplicidad de los puntos de vista constituyen un verdadero laberinto á través del cual se hace á veces muy difícil orientarse y encontrar el sendero que conduzca á la puerta de la verdad.

Ciencia que tiene por objeto estudiar la estructura y el movi-

miento de las sociedades humanas ( Comte ); exposición de las leyes generales según las cuales las sociedades humanas, grandes ó pequeñas, se forman, se mantienen, se transforman ó perecen ( Levasseur ); descripción sistemática y explicación de la sociedad considerada como un todo ( Giddings ); investigación de las leyes de la vida en sociedad, de las formas que esta vida puede tomar y de la sucesión de esas formas ( Fouillée ), la Sociología arranca su razón de ser y su derecho á la existencia autonómica de una necesidad imperiosa é ineludible de la mente humana : la de coordinar y unificar las verdades conquistadas por las diversas ciencias, sobre todo aquellas afines, no sólo para facilitar la transmisión del saber, sino como medio de acrecerle, de hallar nuevas verdades, sugeridas por estas útiles confrontaciones, evidenciadas con motivo de este intercambio de materiales y de servicios que mantienen las ciencias entre sí y que es mayor y más provechoso cuando tiene lugar entre las ciencias particulares y la filosofía de esas ciencias.

Las ciencias sociales particulares, la economía política, la lingüística, la ciencia de las religiones, la criminalología, etc., se ven precisadas, y no podrían dejar de hacerlo, á aislar los fenómenos que estudian, á mutilar la realidad considerándola sólo bajo uno de sus aspectos, á contemplar, como se ha dicho muy bien, una sola de las caras del gran poliedro social ; procedimiento cómodo y conveniente, desde cierto punto de vista, pero peligroso y ocasionado á falsear los hechos, desde otro. De ahí la necesidad de controlar unos con otros estos estudios, de suyo parciales é incompletos ; de ahí la necesidad de considerar todos los hechos sociales en la interdependencia que guardan, en sus acciones y reacciones recíprocas ; de ahí, en una palabra, la necesidad de una ciencia superior, que recoja los resultados más importantes de las ciencias sociales particulares, que los sintetice en principios más generales, y que arribe, de este modo, á la determinación de las generalizaciones más amplias de que sean susceptibles los hechos sociológicos.

Negar la existencia de la Sociología general, en virtud de las consideraciones que aduce el señor Leroy Beaulieu en su gran tratado de Economía Política, que todo lector ilustrado conoce, ocúrreseme tan ilógico y absurdo como sostener la inexistencia de la Biología y su inutilidad manifiesta en presencia de los resulta-

dos de detalle obtenidos por la Anatomía, la Fisiología, la Botánica y la Zoología.

Para contestar esas objeciones bastaría recordar la complejidad de los fenómenos sociales y su reconocido enmarañamiento; bastaría indicar que existen leyes de coexistencia en los hechos de que es teatro la sociedad y que las diversas manifestaciones de ésta son siempre correlativas. Así, las tragedias de Racine y la Corte de Luis XIV, como se ha observado por alguien, son fenómenos interdependientes y cuya explicación es menester buscar en la acción de unos mismos factores. Dependen, ambos, del estado de los espíritus, del « clima histórico » de la Francia del siglo XVII, siendo á su vez ese estado y ese clima el resultado del concurso de condiciones distintas, del encuentro de corrientes sociales, procedentes de lugares y tiempos remotos, que han venido á tener su confluencia en el país y época indicados. Combinad el genio galo, las influencias cristianas, el renacimiento del espíritu pagano visto á través de las artes y ciencias de la antigüedad, las tendencias centralizadoras de la edad moderna, el despertar del pensamiento científico que inicia sus primeros pasos en la vía de los grandes inventos y descubrimientos, el refinamiento de las costumbres, los progresos de la cultura y su difusión por medio de la imprenta y del teatro: en suma, los mil elementos de toda clase contenidos en la atmósfera moral de esa sociedad, y tendréis una idea de las causas directoras y propulsoras de los movimientos que experimenta y de las transformaciones que sufre en sus entrañas.

*Antonio Dellepiane.*

Buenos Aires, 1900.

(Continuará).

## INSTRUCCIÓN MILITAR

EN LOS COLEGIOS DEL ESTADO

Al dedicarme á llenar algunas carillas de papel, para escribir sobre cuestiones militares, no me lleva otro interés ni otro deseo que cumplir con un deber patriótico: demostrar de una manera

clara y evidente las deficiencias que se notan en nuestro ejército, al mismo tiempo que marcar el sendero á seguirse para llevarlo adelante, en beneficio no sólo de la institución militar, sino también de los intereses nacionales en general. De esta manera creo pagar la deuda de gratitud que le debo á mi patria por el humilde puesto que me cabe el honor de ocupar en el ejército uruguayo.

Al hacer estas declaraciones espontáneas de mis ideas para con el Ejército, sólo es significando que aún cuando no pasan por el momento de proyectos todo lo que se escribe y se manifiesta á ese respecto; sin embargo la semilla queda sembrada, y si el terreno alguna vez se presenta fértil, tiene que germinar y producir, cumpliéndose entonces los legítimos deseos y las soñadas ambiciones de poder presenciar el ejército de nuestra patria á la altura que se merece por sus tradiciones y sacrificios, que tantos lauros le han conquistado en el campo de batalla.

No hay que desanimarse en la empresa asumida, muy lejos de ello; la constancia y confianza en el éxito deben ser los guías que tienen marcado nuestro camino en la vida militar, en la seguridad que cumpliendo ese lema alcanzaremos, más tarde ó más temprano, el aprecio y reconocimiento de los elementos superiores del ejército.

Nunca como ahora se han visto publicados más artículos sobre cuestiones militares, interpretando perfectamente puntos de esencial importancia para la cimentación de la reforma del ejército; se ha tratado el reclutamiento bajo distintas fases, según la manera de hacerlo práctico en nuestro ejército; comentarios sobre la táctica en vigencia; reforma militar; montepío, etc., artículos que demuestran claramente la buena voluntad de que están alentados sus elementos, y esto que parece pudiera pasar inadvertido ante el propio ejército, es el preámbulo de lo que tendrá que suceder forzosamente más adelante, cuando las necesidades lo requieran, por el adelanto que al igual se sucederán en los demás ramos de la administración pública. No será predicar en desierto, siempre que no cunda la desanimación y la fuerza de voluntad para luchar hasta el fin.

Siguiendo, pues, nuestro plan establecido, vamos á tocar hoy un punto muy importante por cierto, que aún cuando á primera vista

parece un imposible, ó cuando menos un absurdo pretenderlo llevar adelante, por la resistencia que pudiera encontrar en algunos padres, en la forma que lo concebimos, completamente pasiva, no creemos que pueda ser motivo de tal, por parte de aquéllos.

Es ésta introducir en los colegios del Estado la instrucción militar, que comprende el reglamento táctico actualmente en vigencia en el ejército de la República.

Decimos que en la manera concebida no encontraría dicho proyecto dificultad alguna, porque así como en la actualidad se les enseña ciertas evoluciones y movimientos que no llevan otro fin que ejercitarlos para desarrollar sus condiciones físicas, presentando un efecto más ó menos agradable á la vista del espectador, igual podría enseñársele esas evoluciones y esos movimientos con sujeción á un reglamento especial, que sería el militar, máxime cuando ese reglamento en su parte primera, no ofrece mayor dificultad.

Hay muchos movimientos de los que actualmente efectúan nuestros educandos, que requieren más atención para su ejecución que muchos de los que prescribe el reglamento táctico. Si se le ha de enseñar á un alumno á practicar un giro, una media vuelta, marcha ó contramarcha, ó una evolución cualquiera en la forma que se hace hoy en los colegios, cuyas explicaciones poco claras son lo suficiente para que lo comprendan y lo efectúen con toda corrección, ¿por qué no se les puede enseñar á efectuarlo militarmente, bajo la misma voz de mando, cuando esa especial instrucción no requiere mayor conocimiento ni mayor inteligencia que la empleada para la primera instrucción?

No vemos en esto un imposible, pues no seríamos en ese caso el primer país del mundo que lo efectuaría. Norte América lo ha hecho y lo hace; en Europa es general, y nuestros vecinos del otro lado del Plata lo han practicado con completo resultado práctico.

En esa forma tendríamos adelantada la primera instrucción del futuro *guardia nacional*, y traería como inmediata consecuencia una simpatía marcada para el ejército entre las nuevas generaciones que se viniesen sucediendo, porque sabido es la buena acogida que tiene en el elemento juvenil todo lo que tiene algo relacionado con cuestiones militares.

Sería una gimnasia perfecta la que se practicaría reemplazando el tradicional palo y la maza, que actualmente se usa, por un fusil de palo semejante al usado en nuestro ejército, cuyo peso podría graduarse según las edades de los alumnos, y cuyo costo no recargaría más el erario que lo que se emplea para el elemento que hoy está reglamentado.

En Montevideo no sería tampoco la primera vez que se viera un batallón colegial, perfectamente organizado, recorriendo sus



JAIME F. BRAVO

calles. Si la memoria no nos es infiel, don Francisco Buquet, siendo director de un colegio particular, había implantado ese régimen que le dió un éxito completo, al mismo tiempo que despertó entre sus alumnos un entusiasmo muy marcado por el ejército.

Sería uno de los medios prácticos, de hacer crear una corriente

de simpatía para la carrera de las armas entre el elemento nacional, simpatía que hoy no existe, siendo así que, salvo raras excepciones, vemos acudir á nuestros cuarteles solamente á los paisanos, los que mediante la prima de enganche se comprometen á servir, no por vocación ni cosa parecida, sino por el interés pecuniario, que destruye completamente todo lo que sea verdadero espíritu militar.

La manera cómo concebimos esta idea, de práctica aplicación en nuestros colegios de varones, es la siguiente: estaría á cargo de oficiales del ejército y divididas en los diferentes grados de los colegios, según la edad que se requiere para su ingreso. Así, por ejemplo, á los de primer grado correspondería la parte de instrucción del recluta sin armas; á los de segundo grado, del recluta con armas é instrucción de compañía, y á los de tercer, la de batallón.

Esta instrucción de infantería sería fácilmente comprendida y aplicada, por cuanto la de artillería y caballería, por su material ó clase montada, no sería practicable, á no ser que se les diese la instrucción pie á tierra en el segundo caso.

Dispuesta en esa forma esta parte de la educación escolar, á los diez años de instalada podríamos reconocer su importancia, máxime si por cualquier motivo tuviésemos que movilizar la guardia nacional, cuya instrucción estaría ya hecha.

No creemos, pues, una idea irrealizable la que dejamos sentada, y sus ventajas no escapan á los que piensan que no siempre la soberanía nacional descansa sólo en el ejército activo en tiempo de paz.

Aquí precisamente donde la teoría del servicio obligatorio no puede ser aplicable, sería el único medio de tener soldados más ó menos instruidos llegado un momento dado.

Confesamos que la idea no es nuestra solamente, pues ya con anterioridad la había tenido en cuenta un compañero nuestro, el Capitán Dufrechou, en su meditado artículo sobre organización militar; pero si reincidimos sobre ella es para pretender llamar la atención de las autoridades escolares con el fin de hacerla práctica en nuestros establecimientos de enseñanza.

Quizá estuviéramos en un error al alimentar tales ideas y propósitos; pero, á pesar de todo, otros antes que nosotros, con más

antigüedad de nacionalidad, lo han puesto en práctica palpando de cerca sus beneficios.

*Jaime F. Bravo,*

Teniente 1.º.

Montevideo, Abril 2 de 1900.

## CONSEJOS A UN RECLUTA

Te has determinado á ser soldado y me pides consejo, estimado Raul, consejo que no he de negarte y que deseara darte tal cual te lo mereces y con arreglo á la importancia del asunto. Perdona, si tu joven y entusiasta imaginación, al par que tu clara inteligencia, no hallan en estas líneas, sino la lección de un viejo soldado, que si alguna experiencia tiene, si algo recogió en su rutinaria labor, ni aún eso sabe expresarlo con la claridad y la elegancia que tienes derecho á reclamar.

Tu abuelo, por quien sabes sentí siempre veneración profunda, era uno de aquellos viejos soldados incapaces de usar de mala fe ni de la mentira, y que tenían levantado en su corazón un pedestal de amor á su tierra, de amor á la libertad é independencia, por cuyos grandes sentimientos habían batallado durante los mejores años de su vida. Hombre de verdadero temple, capaz de los actos más heroicos y más audaces, cobarde sólo ante el deshonor, era el primero en el cumplimiento de las órdenes, el último en abandonar el campo de batalla cuando la ingrata suerte daba la espalda á su pendón; inflexible con los que faltaban á sus deberes de militares, de hombres ó de ciudadanos, severo con sus propios errores, el más humano con el rendido enemigo y el más cariñoso padre de sus descalzos y mal alimentados subalternos.

El orden y la severidad bien entendida, el castigo inspirado en el bien, en la justicia y la equidad, el sincero y noble amor á la patria, á la que honraba trabajando sus ricas tierras en los días de paz, el respeto de todos los derechos y el cariño al cumplimiento de todos los deberes, todo eso llevó al hogar de vuelta de sus campañas, al arrinconar la lanza que, con bravura sin igual, había

sostenido en los entreveros del Rincón, de Sarandí y de Ituzaingó.

En ese puro y hermoso ambiente se formó tu honrado padre, ese cariñoso y valiente ciudadano, á quien estrecho la mano siempre con respeto, porque ha conservado con religioso amor las sanas y austeras costumbres de tu abuelo, las costumbres en medio de las cuales has crecido vigilado por la severa, á la par que amorosa solicitud paternal y el espartano cariño de tu virtuosa madre.

Al ingresar á las filas no te despojes, querido Raul, de todas esas virtudes que en el hogar te amamantaron, que ellas son, también, la base y sostén de esa gran familia á la cual se llama ejército; no olvides las puras, á la vez que prácticas doctrinas recogidas de labios del maestro en la escuela; sigue siendo honrado por deber, porque no puedes dejar de serlo; ama á tus camaradas como á ti mismo, y á tus superiores como á tus padres; no desdeñes nunca la compañía de los primeros, antes más bien búscala siempre para aconsejarte de los que estén en condiciones de dar consejo, para adquirir mayores conocimientos y experiencia, para apoyar á los más débiles y unirte á los que defiendan el deber y la justicia, para asociarte á los que infundan el amor y el respeto á los superiores y camaradas, para volver al camino del deber y del honor al que lo equivocare y, si fuere preciso, para endulzar las horas del que, por haberlo equivocado, sufriere severo castigo; á los últimos no los esquives, tampoco, sino cuando buscaren un subalterno á quien premiar, pues si ha de alcanzarte el premio, que él sea concedido no sólo á tus méritos y afanes, sino también á tu sincera modestia.

No te he de recomendar que seas valiente, porque es cualidad de tu raza el no esquivar el peligro, pero sí he de decirte cómo ha de entenderse el valor en la milicia; este valor al cual los técnicos y los hombres de guerra llaman valor militar y desdeñosamente *de fila* los que no le han sentido nunca, reúne condiciones especiales, dignas de estudio, de respeto y admiración; no es hijo de la cólera ni de la fatuidad; nace en la reflexión, en la conciencia del deber, y debe ofrecerse sereno, despejado y libre, sin vacilaciones ni atropellamientos, como si nada pasara alrededor de la persona que da muestras de poseerlo. El valor, no lo olvides, sólo has

de usarlo cuando las leyes escritas ó las del honor te lo mandaren ; el valor rehuye la publicidad por lo mismo que es una virtud que exige grande abnegación y discreto uso : no digas jamás que eres valiente, pero muéstrate como tal cuando el deber te lo aconseje.

Al ingresar en filas te leerán la parte de las ordenanzas del ejército, en donde se hallan condensadas con toda claridad tus obligaciones y derechos, y las leyes penales creadas para reprimir las faltas y delitos, para conservar y proteger á la sociedad militar ; péntrate bien de unas y otras y trata de ajustarte á sus mandatos ó previsiones para evitar las faltas que no son sino los preludios que anuncian la proximidad de los delitos.

Si cometieres mañana cualquier falta y vieres llegar hasta ti el inmediato castigo, no busques á la persona que te lo impone, recuerda sólo que la ley así lo establece, prométete no volver á delinquir y agradece la corrección, que va dirigida á hacer de ti un buen soldado.

La murmuración y la intemperancia son dos vicios á los cuales debes jurar guerra á muerte, porque en la milicia, más que en otra parte, es donde verdaderamente atentan contra todas las virtudes y toda estabilidad ; huye, pues, de la murmuración y la intemperancia así como de la chismografía que es cualidad que distingue á los cobardes y los innobles ; que jamás te acompañen tamaños defectos.

El honor, sentimiento útil á la conservación y grandeza de las naciones, cuyo lustre empañan la doblez, la debilidad y la mentira, es una de las cualidades que distinguen al hombre civilizado y sobre todo, al guerrero. Es tal su delicadeza, querido Raul, que no sólo se sujeta á las prescripciones de la ley, sino también á las de la más severa moral, pues la ingratitude, la intemperancia y la mentira, no castigadas generalmente por las leyes, son rechazadas por el honor.

El honor cuyos apoyos son el desinterés, la abnegación y la verdad, ha sido siempre la religión de los ejércitos honrados. Debe guiarte, pues, en todos los actos de tu vida, en los triunfos y la desgracia, en paz y en guerra, en tus alegrías y tristezas.

Los militares, Raul, no sometidos á las rígidas y elevadas leyes

del honor, no son sino, como dice un celebrado autor, «unos *bandoleros privilegiados* á quienes se debe arrancar toda distinción militar públicamente.»

Es, pues, el honor militar, la severa ordenanza dictada por la conciencia, la fuerte coraza que nos escuda de la maledicencia y el crimen, la religión que nos impulsa al cumplimiento de nuestros deberes y á la ejecución de los actos más abnegados, prohibiéndonos terminantemente los condenados por la ley, la humanidad y nuestras supersticiones ó creencias supremas. El honor nos obliga á morir en muchos casos, antes que rendir las armas, á caer despedazados al pie de la bandera y á no entregar una plaza, sino después de haberla convertido en un cementerio.

Ojalá te sirvan de algo, querido Raul, en tu vida de soldado, las reflexiones de este viejo

*Sargento.*

---

## NOTAS DE REDACCIÓN

---

Con el modesto título de «Versos» ha aparecido un folleto de que es autor el inteligente joven Raul Montero Bustamante.

Poco, á la verdad, ha dicho la crítica sobre el mérito poético del libro que nos ocupa, y esto no es de extrañarse si se tiene en cuenta el personalismo convencional y casi mercantil que impera desde tiempos atrás en el expendio y consideración de las producciones artísticas. Los círculos comanditarios son fatales en literatura como en política. En la Jerusalem de nuestras miserias, los que no arrojan piedras combaten con el silencio. La indolencia egoísta por un lado, el espíritu de rivalidad por el otro y la algarabía de las pasiones por todas partes, impiden que se oiga el aplauso sincero y que el estímulo ejerza su acción benefactora. Aparece un libro, y si de antemano su autor no ha tenido la feliz habilidad de comprometer á algunos de sus amigos ó *compadres* de la prensa, para que no lo

dejen morir de inanición en los escaparates de las librerías, sin previo testamento ó sin los auxilios religiosos que lo consuelan con la promesa de una vida inmortal, muere solo, á la intemperie del desamparo, sin exhalar un ¡ay! siquiera, como un niño abandonado al azar de algún asilo, en noche de crimen y adulterio.

Esto ha sucedido con el libro de Raul Montero Bustamante, que entre los de su índole, es á nuestro juicio el más precioso que ha visto la publicidad en el presente año. Hemos hallado en él poesías de mérito, llenas de exquisita delicadeza, inspiradas en un sentimentalismo germánico de la más fina gracia. Cuando Montero se independice por completo del gran lírico de Dusseldorf cerrando las puertas de su espíritu á las brujas y duendes del Brocken, conociendo realmente el dolor humano, soñando menos con Hortensias, Jennys y Yolandas que con Eloísas y Lauras, dejándose atormentar como diría el cisne de *Traumbilder* por la espantosa enfermedad del amor, entonces, lo esperamos llenos de fe, sus estrofas heinianas se impregnarán de ese acíbar que á decir de su maestro dejan las olas del mar agitado bajo los párpados de las sirenas que sufren.

---

OMISIÓN—En las décimas de Francisco A. Riu que vieron la luz en el número pasado de esta REVISTA, y que llevan por título «Resurrexit», se omitió la publicación de un verso en la 5.<sup>a</sup> estrofa. Debe leerse así: «troque en tálamo floreal,—su macilento terruño,—y del arado al rasguño,—en el valle y el desierto», etc.

---

Recomendamos á nuestros lectores el hermoso trabajo de Carlos H. Mata, quien cuenta apenas veinte años y ya se destaca como un escritor de estilo propio, que maneja correctamente el lenguaje.

«Una noche en Santa María», que así se titula el trabajo del inteligente joven, contiene trozos llenos de interesante originalidad, y nada, por decirlo así, en abundosas descripciones empapadas en el colorido más realista.

Mata es una hermosa promesa.

---